

Ricardo Viguera-
Fernández*



Guadalupe Flores Grajales, *Una poética de la desolación. La construcción del sujeto femenino en las novelas de Luis Arturo Ramos*. Universidad Veracruzana/Universidad Autónoma de Chiapas/Centro de Estudios para el Arte y la Cultura de la Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2011.

Guadalupe Flores, *Una poética de la desolación*.

Alejado de los centros de poder donde se decide el canon de la literatura mexicana oficial, el cual se dicta más por razones mercantilistas que por estrictos criterios de calidad, la obra de Luis Arturo Ramos se agranda con el paso

del tiempo y se beneficia de una repercusión cada vez mayor entre quienes comulgan con una literatura cuyos valores van más allá de los dictados del mercado y del compadreo capitalino.

Instalado desde hace muchos años como hombre de la frontera, quizá voluntariamente autoexiliado (es profesor de The University of Texas at El Paso, donde coordina la maestría en Creación Literaria), también su propia obra guarda mucho de transfronterización de géneros y de códigos literarios. Formado en la generación inmediatamente posterior a 1968, Guadalupe Flores señala en este libro revelador cómo aquella generación de autores no comparte unos rasgos de identidad homogéneos, ni en lo estilístico ni en lo temático, por más que desarrolle en su literatura un fin social diverso, hondamente arraigado al tratarse de una generación postTlatelolco. Como afirma Guadalupe Flores en este libro: “Es una generación he-

redera del activismo político imperante en los años sesenta, consciente de la necesidad de un cambio político-social en México, que manifiesta en su narrativa una preocupación social, básicamente marcada por los acontecimientos de Tlatelolco, en 1968” (p. 22). Sin embargo, ya empezaban a alejarse los días de la novela y la poesía social, y los modelos estéticos de Ramos, más que en aquella literatura militante de posguerra mundial, se encontraba en la densa expresión, de un barroquismo que asimilaba la herencia española clásica, para ser desbordada y reescrita, de la literatura del boom latinoamericano.

Si la preocupación social es muy importante como eje coordinador de la obra de Ramos, Guadalupe Flores (profesora de la Universidad Veracruzana en Xalapa) examina en este libro, profundiza con una limpieza y elegancia de estilo muy dignas de encomio, el universo femenino que recorre la obra de Ramos y expresa a tra-

vés de sus páginas lo que la autora ha querido llamar “una poética de la desolación”, ya insinuada en la producción cuentística de Ramos más temprana, y que se convertirá en motivo central de su novelística. Descartada la superioridad del hombre sobre la mujer, creencia idiota que se expresa cotidianamente por medio del trato paternalista hacia la hembra y el feminicidio sistemático, Ramos, en su obra, trastoca las identidades de lo masculino y lo femenino, hasta que, siguiendo una línea de evolución lógica, en sus tres últimas novelas (a la fecha de redacción de este libro), que son *La casa del ahorcado*; *Ricochet o los derechos de autor*; y *Mickey y sus amigos*, “las barreras en la dicotomía de género se vulneran; los papeles de unos son llevados a cabo por el otro, y viceversa” (p. 29). Este cambio de roles, esta transmutación de lo aparentemente restringido y vedado para los sexos, orienta la reflexión que lleva a cabo Guadalupe Flo-

res sobre la imagen de desamparo que transmiten siempre los personajes desventurados de Ramos, quienes a partir de *Violeta-Perú* dicen adiós a la gran urbe, ese Distrito Federal, para regresar a la provincia veracruzana, patria añorada de infancia y juventud, y en definitiva, años de formación. En *La mujer que quiso ser Dios* tenemos una protagonista femenina masculinizada y un narrador femenino en un juego de inversión de roles que proceden de las distintas variantes de la posmodernidad en la literatura: mezcla de géneros, intromisión de elementos procedentes de la cultura popular y, al final, ambigüedad y parodia de los roles sociales de lo masculino y lo femenino para promover la falta de verdades absolutas (p. 83). Como afirma Guadalupe Flores, la mujer se vuelve activa y dominante con esta novela, pasa a adquirir dimensiones míticas y el hombre se deja atrapar por ella (p. 87).

La poética de la desolación se centra en el

sufrimiento por el deseo inalcanzable, que en este caso, añade la pérdida de lo masculino frente a lo femenino bestial y emergente como fuerza de la naturaleza. Es uno de los temas más clásicos de la historia de la literatura, quizá deberíamos decir que se trata de un tema eterno que alguien llamó la guerra de los sexos, pero que en la literatura de Ramos adquiere tintes de radiografía social que arroja luces sobre el México contemporáneo, y por ende, incide en el interés social de la obra de Luis Arturo. Las dos constantes de su obra son analizadas en este brillante ensayo tras ser relacionadas: el exilio y la desolación. En cierto modo, la segunda constante es una variación sentimental y sexual de la primera, ya que el carácter infeliz e incompleto de los personajes de Ramos les convierte en exiliados de su propia dicha, en seres que, como bien expresa Guadalupe Flores, son “personajes marginados, aislados, cuyo entorno es un reflejo de sus propios

miedos e inquietudes. Los personajes son figuras sin una vida interior, disfrazada para el mundo exterior [...]. Las mujeres responden a los roles culturalmente establecidos para su género: mujer esposa, madre, hija, amante” (p. 112).

El hilo conductor final para este ameno ensayo, del que se ha destacado la ausencia afortunada del a veces muy vacío lenguaje académico, es precisamente la reivindicación del sujeto femenino sobre el que Ramos se ha volcado en sus últimas novelas. El afán de servir, en sus dos vertientes de la madre-esposa (servidumbre a la familia) y de la amante-prostituta (servidumbre al cuerpo) representadas en la obra de Ramos son el destino final de este estudio pormenorizado y brillante. Eva y Lilith, primigenias imágenes míticas de la mujer, reaparecen para ser juzgadas mucho más que como arquetipos universales. Aquí son interpretadas como traslaciones de los mismos en un contexto mexicano del

siglo XXI donde personajes afectivamente incompletos plantean, dentro de su interior, los conflictos de una sociedad en perpetua mutación hacia no se sabe qué nuevas representaciones del hombre y de la mujer. Sobre todo, sin saber hacia qué nuevos miedos ancestrales y futuros conflictos se dirigen hombres y mujeres por culpa de una, cada vez más, anacrónica idea de dominio y subyugación.

*Docente-investigador de la UACJ.